

FRANCISCO PIZARRO DE ROSA ARCINIEGA: UN INTENTO DE LEGITIMACIÓN DE LA VOZ DE UNA HISTORIADORA

Giovanna Minardi
Università degli Studi di Palermo, Italia

En América Latina, entre 1929 y 1961¹ las mujeres avanzaron visiblemente en la conquista de su condición de ciudadanía: fueron adquiriendo de manera progresiva el derecho al voto, a ser elegidas como diputadas, a expresar públicamente sus ideas políticas. Como consecuencia directa de ello, se produjo un ingreso masivo de latinoamericanas a las universidades y hubo una mayor figuración de las voces femeninas en el campo intelectual. Y se puede reconocer como un elemento unificador de sus obras un marcado interés en recomponer el imaginario continental por medio de la producción de artículos de prensa, obras teatrales, narraciones y ficciones de archivo ²; es decir, muchas de estas creadoras intervinieron el pasado desde sus escrituras para construir nuevas subjetividades capaces de renovar las miradas tradicionales dominantes en sus respectivas sociedades. Se podría afirmar que la reescritura de la historia que llevan a cabo esas mujeres tiene como función debatir las lógicas impuestas desde el Estado, consiguiendo exponer, aunque de manera no siempre original y exitosa, un modelo de lectura de los hechos históricos particular, femenino que ayuda a articular fenómenos e identidades (Suárez 190).

Esta estrategia, a su vez, les permitiría a las autoras, por una parte, (auto)inscribirse en el campo intelectual y ser reconocidas como subjetividades singularizadas con capacidad de escritura en el imaginario social; y, por la otra, proponer genealogías de sujetos excéntricos, que si bien no habían protagonizado los enfrentamientos bélicos fundadores de la nación, sí, habían detentado un nombre propio y habían ejecutado una serie de acciones relevantes en el marco de estos grandes acontecimientos. Ello permite entonces que la literatura se convierta, para las mujeres escritoras, en un espacio de reivindicación de su propia voz en la Historia (Suárez 191-92).

En el caso particular de Perú, este difícil camino ha sido abierto por las escritoras del siglo XIX, quienes crearon un espacio cultural y político para las mujeres, pagando un precio muy alto por pronunciarse en contra de las injusticias sociales: Mercedes Cabello de Carbonera sufrió una neurosis que nadie pudo paliar; Clorinda Matto de Turner vio quemada su imprenta donde trabajaban solo mujeres y tuvo que exiliarse en Argentina. El siglo XX se abre con: Leonor Espinoza Menéndez, Lastenia Larriva de Llona, Amalia Puga, María Nieves y Bustamante, Zoila Cáceres, Angélica Palma, etc. Son todas mujeres que proceden de la clase social alta, que reciben una enseñanza más completa que el mero aprendizaje de la lectura impartido anteriormente, que ejercen el cosmopolitismo y que tienen relaciones íntimas con hombres ilustres, aunque muchas empezaron a publicar disimulando su identidad. Estas escritoras no podían emprender una crítica radical y sistemática del orden vigente, ni

¹ El primer país del continente en reconocer el derecho al voto de la mujer fue Ecuador en 1929, siguieron Uruguay y Brasil en 1932, luego Cuba en 1934, República Dominicana en 1942, Guatemala en 1945, Panamá en 1946, Argentina y Venezuela en 1947, Costa Rica y Chile en 1949, El Salvador y Haití en 1950, Bolivia en 1952, México en 1953, Colombia en 1954, Perú, Nicaragua y Honduras en 1955 y, finalmente, Paraguay en 1961.

² Aunque se trata de una tendencia extendida en la escritura de mujeres en las primeras décadas del siglo XX, ya desde mediados del XIX se puede detectar esta tendencia. Las obras de autoras como la colombiana Soledad Acosta de Samper, la boliviana Lindaura Anzoátegui, la taceña Carolina Freyre, la argentina Juana Manuela Gorriti y la mexicana María del Refugio Barragán de Toscano, entre otras, son una muestra interesante de este fenómeno.

empezar una verdadera reivindicación feminista. Si todas ellas fueron mujeres emancipadas, tan solo lo fueron dentro del marco limitado de su clase de origen. Sin embargo, el mismo hecho de opinar, de tomar la palabra y de escribir en una sociedad machista era ya una forma de cuestionamiento y un acto de rebeldía. Estas escritoras abrieron una primera brecha en la fortaleza patriarcal de la época, además fueron mujeres activas que jugaron un papel importante en el panorama socio-cultural del momento, y eso es confirmado por otras escritoras como Madga Portal, Ángela Ramos y María Wiesse, que formaron parte del grupo de José Carlos Mariátegui. Algunas de ellas escribieron novelas históricas, entre las que destacan: *Roque Moreno* (1904) de Teresa González de Fanning; *Tiempos de la patria vieja* (1923) de Angélica Palma; *El voto* (1923) de Amalia Puga; *José María Córdova (1799-1829) ensayo biográfico* de María Wiesse (1924); *La Perricholi* (1937) de María Jesús Alvarado; *Jorge, el hijo del pueblo* (1940) de María Nieves y Bustamante.

En este marco, se inserta la escritura de Rosa Arciniega (1909-1999), una limeña ampliamente conocida como narradora, periodista e historiadora durante la primera mitad del siglo XX, pero luego sobre ella, y su obra, cayó un injusto silencio, a pesar de que pugnó por hallar una nueva forma de expresión. “Una inédita manera de enfoque, de análisis, de arquitectura, de expresión que demanda el gusto contemporáneo”, escribe en el prólogo a su obra *Playa de vidas* (Arciniega 3). Muy joven viajó a España (donde publica muchas de sus obras) con su esposo, se afilió al partido socialista y se inició en el periodismo, colaborando en diarios y revistas, como *El Sol*, *Nuevo Mundo*, etc. Al estallar la guerra civil en 1936, retornó a Lima. Fue miembro de varias asociaciones culturales y escribió en diferentes periódicos latinoamericanos (*La Crónica* de Lima, *El Tiempo* de Bogotá, entre otros) sobre literatura, lengua, música, etc. Viajó mucho por Europa y América Latina y fue pionera de los derechos y libertades de la mujer. Además, era una mujer que quería provocar:

Tenía una apariencia andrógina, vestía de sastre y corbata como un muchacho, pero no dejaba de lucir las cejas finísimas y el rouge en los labios como las mujeres de su época. Llamaba la atención de los españoles lo exótico de su origen. Era peruana, vivía rodeada de cosas extrañas como cráneos de indios, minerales, serpientes flotando en frascos de alcohol, pipas de Kif. (*La República* s/p)³

Es cierto que, según mi opinión, artísticamente dejó mucho que desear, cae en ripios e impurezas sintácticas, en expresiones e imágenes de dudoso gusto. Sus tres novelas publicadas en España –*Engranajes* (1931), *Jaque Mate* (1932), *Mosko Strom* (1933)– son más proclamas socio-políticas que obras literarias. La colección de cuentos *Playa de vidas* representa una variación en cuanto a escenario y personajes, aunque mantiene el sempiterno tono discursivo de su humanitarismo. Son cuentos “poéticos” con protagonistas femeninas en miseria, sin amor o en condiciones a ellas adversas.

Su regreso a América produjo en su espíritu una emoción profunda. Arciniega empezó a hurgar en la raíz histórica americana y comenzó la serie de sus novelas biográficas iniciada con *Francisco Pizarro* (editada por primera vez en Madrid, por Cenit, 1936, y luego reeditada en Santiago de Chile en 1941), a la que siguen *Don Pedro de Valdivia* (Santiago de Chile 1944), *Dos rebeldes españoles en el Perú*, *Gonzalo Pizarro y Lope de Aguirre* (Buenos Aires 1945) y *Pedro Sarmiento de Gamboa, el Ulises de América* (Buenos Aires 1956).

La vida de nuestra escritora aún tiene cabos sueltos. En el archivo de colecciones especiales de la Biblioteca Central de la Pontificia Universidad Católica de Lima se preserva un *file* con todo tipo de documentos, entre ellos, cartas familiares. En una de ellas, le escribe su hija pequeña Poupeé, desde Lima, donde vivía con sus abuelos: “Espero que salga tu libro cuanto antes. Pues van a ser dos años. Y dos años es bastante para que no estés aquí”. No sabemos cómo hizo Rosa para compaginar su vida intelectual y familiar, o si la maternidad fue para ella un peso, pero, sin querer hurgar en su intimidad, es evidente que fue una ‘nómada’, muy curiosa e inquieta, y que su último destino fue Buenos Aires, donde echó raíces su familia y donde murió en 1999.

³ Cuando joven, en Lima, también había manejado avioneta, sobrevolando su propia ciudad un par de veces, y, radicada ya en Madrid, se matricula en la Escuela de Aviación Civil deseando mostrar su pericia para volar.

Sus obras han sido estudiadas por investigadores como Maurilio Arriola Grande (1968); Mario Castro Arenas (1967); Delia María Gallardo (1947); Emilia Romero Valle (1966); entre otros. Todos concuerdan en reconocer que la mejor forma de nuestra autora corresponde a la obra histórica; sus novelas biográficas son libros escritos con rigor, pulcritud y dominio de los recursos narrativos. Según Estuardo Núñez, estas últimas representan “la consagración de una escritora peruana y americana de singulares méritos” (Núñez 32). Para el otro crítico peruano, Luis Alberto Sánchez, Arciniega “es, fuera de toda discusión, una de las más vigorosas y finas escritoras de este periodo, y, entre las mujeres, la de más firme y ambiciosa línea literaria”, pero es en sus obras históricas donde “consigue adueñarse de un estilo más sustancioso y vivo que antes” (Sánchez 1455-56). César Toro Montalvo escribe de ella: “encarna el tipo de novelista biográfico e histórico [¡este crítico no utiliza la categoría de género!] que en los años 30 plasmó obras memorables [...] diseñó biografías de valor perdurable” (Toro Montalvo 325). También Augusto Tamayo Vargas le atribuye un estilo muy depurado (Tamayo Vargas 863).

De todas maneras, hay que decir que, hasta hace unos meses, Rosa Arciniega era un personaje desconocido en el Perú. Salvo en algunos círculos académicos, su nombre no encontraba eco en el santuario de los grandes escritores nacionales, poblado, sobre todo, por hombres. Esta omisión ha quedado saldada al publicarse en España, por la editorial Renacimiento de Sevilla, en 2019, su novela *Mosko Strom*, 86 años después de su primera edición, rescatando así la figura de una mujer moderna que ha compartido junto al hombre las primeras filas de la intelectualidad peruana del siglo XX.

En efecto, como siempre nos señala Suárez (193), en sus obras nuestra escritora no solo evidencia su posicionamiento profeminista y el deseo de autolegitimar su voz, sino que también anuncia una tensión hacia el paradigma historiográfico de orientación hispanoamericanista que dominaba la política cultural latinoamericana en ese período. Buena parte de la escritura de Rosa Arciniega se produce en un momento en que el imaginario social peruano está sufriendo modificaciones importantes y el mapa de identidades se está ampliando e incluyendo sectores antes omitidos. Se trata de un período de cambios en el que una mujer intelectual, perteneciente a un sector socioeconómico privilegiado, podía ver amenazada la circulación de su escritura, aunque ella escribió “siguiendo imperativos políticos, obsesionada por allanarle el camino a la inminente revolución socialista”, como observa Fernando Iwasaki (51). Ello explica, al menos parcialmente, por qué en su narrativa histórica, está presente un pasado inamovible que le ‘hace el guiño’ al elemento indígena, pero sin prever, finalmente, ningún cambio radical del sistema social.

Uno de los libros más emblemáticos de Arciniega es, sin duda, *Francisco Pizarro. Biografía del conquistador del Perú*⁴, una ficción histórica donde la autora no elige como acontecimientos originarios ni el Incanato ni la Guerra de independencia, sino la vida del conquistador del Perú, como ya afirma en el subtítulo de la obra. En un juego intrahistórico, la escritora parte de la humanización del conquistador y esboza a un ‘héroe’ problematizado que no es muy talentoso, aunque la experiencia llego a convertirlo en admirable. Escribe en el prefacio:

El presente libro no es [...] una historia de la Conquista del Perú [...] sino una contribución al estudio de la verdadera personalidad de Francisco Pizarro, hombre de carne y hueso y no personaje casi mítico como la mayor parte de los historiadores nos lo han venido dando a conocer hasta ahora. *Por lo tanto [...] se ha procurado [...] atender de una manera más minuciosa a las íntimas causas que informan esos hechos [históricos] y el carácter mismo del biografiado.* (Arciniega 5-7. La cursiva es mía)

Francisco Pizarro está dividido en doce capítulos, divididos a su vez en subcapítulos, por un total de 504 páginas que narran el recorrido existencial de Pizarro, desde su infancia hasta su triste fin, a pesar de que fue un hombre que superó muchas adversidades y pasó:

De simple y desconocido aventurero –siempre a las órdenes de otros–, [...] a ser caudillo de una gran empresa bélica; de hombre, no ya sin títulos, pero ni aun siquiera con apellido legítimo, a alto personaje

⁴ Todas las referencias al texto han sido tomadas de la edición de 1941, realizada por la Editorial Nascimento, en Santiago de Chile.

que ostentará los nombramientos de Capitán General, Gobernador, Adelantado, Alguacil Mayor y Marqués; *de hijo bastardo, desheredado y en la máxima pobreza, a manipulador de los más grandes tesoros áureos de la época*, que puede permitirse el lujo de ofrecer dinero a manos llenas al poderoso Monarca de medio mundo. (Arciniega 6. La cursiva es mía)

En el primer capítulo Arciniega hace hincapié en la condición de hijo ilegítimo del futuro conquistador y en la pobreza y hostilidades que padeció en su infancia a raíz de esta, y que marcarán de manera indeleble toda su vida. Hijo de Gonzalo Pizarro y Francisca Gonzales, “la sierva, la humilde hembra del pueblo” (Arciniega 17), su padre no lo reconoce; la ciudad española de Trujillo, donde él nace, le es hostil, por eso se embarca a las Indias, donde llega en 1509 (¿?), a los treinta y tantos años. En su ascensión social, Pizarro será la imagen de la astucia, del alma orientada hacia la meta de una grandiosa ambición, y, escribe la autora, “repudia a la mujer como algo que puede constituir un obstáculo en su camino” (Arciniega 64). Según la filósofa americana Martha Nussbaum (2009)⁵, existe una omnipresencia de la emoción en la vida y en la inteligencia individual, y los impulsos infantiles del narcisismo y la omnipotencia marcan el desarrollo emocional individual. Y en nuestro caso, en la figura de Pizarro, tal como es dibujada por Arciniega, estos impulsos se traducen, en el Pizarro adulto, en prácticas sociales, o mejor dicho antisociales, que menosprecian a las minorías –y entre ellas está la mujer–, y los valores éticos, a favor de una ‘visión rabiosa’ de la realidad.

Delia María Gallardo (1947) describe a Rosa Arciniega como una intelectual seriamente preocupada por el estudio de la verdad histórica⁶. Respecto de sus biografías sobre Pizarro y Valdivia, la estudiosa peruana indica que son:

Obras de profundo estudio sociológico, en donde ha unido la autora su gran intelectualidad y concepto a los numerosos datos históricos que ella misma recogiera en España, Cusco y Chile; trabajo de gran valor y magnífica evocación de la epopeya de la conquista americana, que pone muy en alto el nombre de esta conocida historiadora, novelista, lírica y oradora, que merecidamente recibió numerosos pergaminos de Instituciones culturales del Perú, Ecuador, Colombia, Méjico y Chile, donde la incorporaron como Miembro de Honor. (Gallardo 81)

Según todos los críticos, como ya hemos visto, Arciniega experimenta y propone un estilo arriesgado y, a la vez, goza de la credibilidad necesaria como para revisar, analizar y reconstruir la historia continental. Este, al parecer de Suárez, podría ser motivo “por el que Arciniega decide deponer la reconstrucción de la Historia político-militar de su país y apuesta por una historia de vida que, si bien se acerca eventualmente al tono explicativo del positivismo, termina por convertirse en un gesto de persuasión narrativa, signado por la emoción de la que habla Gallardo” (Suárez 196-97).

En este sentido, el hecho de que el pasado se reconstruya desde el “estudio de la verdadera personalidad de Francisco Pizarro, hombre de carne y hueso y no personaje casi mítico”, abre la puerta para la fijación de una nueva retórica, desde la cual se podrán pensar subjetividades e identidades ‘no

⁵ Para Nussbaum, existe una inteligencia de las emociones, es decir, la inteligencia está profundamente conectada con la emotividad, sin la cual se la amputa. Dicho en otras palabras, las emociones no pueden ser expulsadas del ámbito del razonamiento, aunque tampoco pueden considerarse una facultad exclusiva para descubrir las normas básicas del comportamiento humano y de la convivencia. El ideal de la racionalidad como una mirada distante sobre el mundo es engañoso y erróneo; es imprescindible analizar en profundidad el desarrollo emocional en los seres humanos y observar la naturaleza vulnerable y letal de la humanidad. La emotividad se cruza constantemente, en la edad adulta, con los impulsos infantiles del narcisismo y la omnipotencia, que se refieren al mito de la “edad de oro”, lugar y tiempo donde no hay estado de sufrimiento, de necesidad. Estos impulsos, aunque son fundamentales para el desarrollo emocional individual, son peligrosos cuando se expresan en prácticas sociales, llegando a configurar la base de la estigmatización o discriminación de las minorías y expresarse en una evidente, y peligrosa, antisocialidad. De hecho, experimentar emociones está estrechamente relacionado con la aceptación de la propia vulnerabilidad y mortalidad –en el caso de la emoción del duelo, la compasión, el amor y la ira–, o la no aceptación de tales características, como en el manifestarse de la vergüenza y el disgusto.

⁶ Arciniega les escribe a los presidentes de la República del Perú Benavides y Prado, pidiéndoles ayuda económica para sus investigaciones sobre los conquistadores.

adecuadas' para el discurso de la ciencia histórica. Estuardo Núñez comenta: “[Arciniega] se limitó a extraer de la historia el jugo vital para comunicar animación a sus personajes, para coordinar sus actos, para concatenar los acontecimientos, para enrumbar los pasos de aquellos con soltura y verdad, para explicar sus reacciones disímiles, para ofrecerles perfil humano” (Núñez 1959: 30. La cursiva es mía). Concuero con Núñez, pero así haciendo Arciniega no “se limitó”, sino que más bien forjó una nueva perspectiva, un nuevo discurso histórico e historiográfico. Escribe del conquistador, en un *crescendo* impactante: “Pobre y repudiado por todos” (Arciniega 9); “hijo de la fatalidad [...] de la miseria” (14); “el futuro conquistador de un vastísimo Imperio [...] no todos los días se acuesta ahora con el estómago satisfecho, ni está seguro, tampoco, al acostarse muchas noches, de si comerá al día siguiente” (15); “*tiene que trabajar desde niño, y este drama moral y hereditario va envenenando [su] corazón*” (18. La cursiva es mía). Es decir, asistimos a una aproximación psicológica de la figura de Pizarro, cuyo origen está entre una familia de alcurnia y una madre jornalera, lo que significa que es rico y pobre a la vez o, lo que es lo mismo, imposible de definir en términos socioeconómicos.

Evidentemente, esta novela biográfica está atravesada por un ‘lenguaje emocional’ dirigido a la construcción de una subjetividad, individual y colectiva. Hay un empleo de la compasión por parte de la voz que narra que, indirectamente, equipara el ‘sufrido’ Pizarro al peruano, a la nación peruana mejor dicho, de la primera mitad del siglo XX. Dicho en otras palabras, los orígenes de la “nueva raza” peruana pueden reconocerse en un hombre de origen hispánico a quien la pobreza, las adversidades sociales convierten en cercano y hasta admirable. En el texto de Rosa Arciniega prevalece la idea de una aparente homogeneidad étnica.

Sin embargo, como bien observa Suárez (198), la autora desecha por completo la religión católica como marco de referencia. Las emociones como la empatía, la compasión que se demandan para la construcción de la nación peruana, están muy bien diferenciadas de la idea de caridad cristiana. Leemos: “difícilmente podrá señalarse en la Historia una época más católica y menos cristiana que ésta [...] Altos y bajos, nobles y plebeyos, aristócratas y eclesiásticos, la misma corte, todos aparecen por igual envueltos en un tosco –y tétrico– epicureísmo” (Arciniega 22).

Arciniega, en consonancia con la Constitución peruana de 1933⁷, considera a los indígenas “los hijos del país” y, en un momento determinado, los reconoce como estrategias y admite que de su forma de organización social hay mucho más que aprender que de la impuesta por orden de la corona:

La vida, pues, del Imperio se desenvuelve dentro del sistema comunista. [...] No existe moneda; no existe tuyo y mío. Todo es de todos y de ninguno. El padre –el Inca– regula y administra todos los ingresos y todos los gastos. Los hijos trabajan donde se les señala y del modo como se les señala, comiendo luego “comúnmente” del fondo “común”.

Una obligación ineludible, severa, inescusable, pesa sobre todos ellos: la del trabajo. Pero así como nadie puede evadirse de él, así como de ninguna forma se tolera aquí al parásito inútil, tampoco nadie se encuentra completamente desheredado [...] no hay mendigos, no existen ni el hombre desocupado, ni la prostituta, ni el ladrón, ni el vividor, porque *todos tienen lo que necesitan para vivir, ya que el paterfamilias soberano vela por ellos*. (Arciniega 198- 199. La cursiva es mía)

Se hace evidente que, si bien se manifiesta algo de admiración por el Incanato, hacia los indígenas que conforman el pueblo, estos aparecen casi como ‘infantilizados’, que necesitan ser guiados por “el Padre” encargado de dirigir esta comunidad. Es decir, la ‘honradez’, la ‘integridad moral’ que se les atribuyen a los indígenas se debe a la inteligencia, la formación del “*paterfamilias soberano*”, quien, además, propone (e impone) el trabajo como eje de la convivencia. Este hacer hincapié en el aspecto económico de la sociedad incaica, podría asociarse al relato de la infancia del conquistador. Como ya he señalado, la desdicha que padece Pizarro en su juventud se debe, entre otras causas, a la existencia

⁷ El artículo 2, inciso 19, de la Constitución de 1933 reconoce a cada persona (peruano o no) el derecho a su identidad étnica y cultural. Y obliga al Estado a proteger y a reconocer que el ser de la propia nación peruana es étnica y culturalmente plural. Sin duda, acusar su presencia en la historiografía y, lo que es aún más elocuente, en la reconstrucción de la vida del conquistador es, en muchos sentidos, una forma de inscribir a los pueblos originarios en el conjunto nacional.

de un sistema económico que ciertamente no es perfecto ni único, parece sugerirnos la autora. Esto no hace que Arciniega piense al indígena en el presente, pero sí que revalúe la conquista como proceso y ponga en entredicho la idea de civilización. Dicho de otra manera, si bien la autora no consigue abolir la idea del indígena como sujeto nacional del pasado ni del hombre blanco como sujeto presente, sí, carga con otra afectividad a estas dos subjetividades y, con ello, consigue abrir un pequeño espacio para la inscripción de la mujer intelectual dentro del imaginario colectivo (Suárez 2017).

Ciertamente, nuestra escritora no le dedica mucho espacio textual a la mujer, y las mujeres indígenas son representadas como un sujeto pasivo y sufrido ante la presencia de los invasores. Habla de la concubina de Pizarro, doña Inés Huaylas Yupanqui, solo en pocas escasas páginas, pero, definiéndola con palabras tan elocuentes cuales “triste concubina sin derechos ni representación y sin nombre” (Arciniega 333), se posiciona a favor del discurso antipatriarcal y machista⁸. Pizarro tiene con ella dos hijos, Gonzalo y Francisca (y un tercer hijo, Francisquillo, con la hermana de ella, Angélica Yupanqui), solicitará para ellos un excepcional reconocimiento de Carlos V, pero no se casa con doña Inés, obrando como su propio padre con él (eso recuerda, en parte, al Inca Garcilaso de la Vega), y, ante este comportamiento incoherente y “hereditario”, comenta Arciniega: “Su ‘catolicismo’ no le impide arrastrar hasta su muerte el pecado de este concubinato” (Arciniega 480). Además, su casi odio hacia la mujer desemboca en prácticas políticas sanguinarias, inhumanas: para vengarse del asesinato de fray Vicente de Velarde, manda asesinar, de forma muy cruel, a la mujer que el Inca Manco II quería “con acendrada pasión”: “Sin sentir la menor sombra de repulsión Pizarro ordena desnudarla, atarla luego a un árbol, y después de hacerla varear [...] dispone que sea asaetada lentamente hasta que se agote su vida en una bárbara tortura” (Arciniega 483). Y, finalmente, manda matar en Lima a la hermana del Inca, Acarpay. Las palabras conclusivas del texto aluden a la “actitud profeminista” de la autora: cuando Pizarro es matado por Juan de Almagro el joven, en la “pobre y triste comitiva fúnebre [iban] gentes humildes y silenciosas, entre ellas su concubina” (Arciniega 503). ¡Es lo máximo de la abnegación femenina ante el hombre! Doña Inés es la mujer silenciada por la Historia y la mujer silenciosa, aplastada por la ley machista del hombre, y no es casual que la escritora la llame “la concubina”, y no con su propio nombre.

Concluyendo, en *Francisco Pizarro* Arciniega no construye individualidades femeninas, pero, a pesar de ello, no faltan ciertos visos de insatisfacción ‘rebelde’; al hablar de la poca trascendencia que tuvieron la muerte y sepultura de Pizarro en el imaginario nacional en las páginas finales de la biografía, hace una estrecha conexión entre el poder político, ejercido por el hombre, y la maldad, y autolegitima el empleo del ‘lenguaje emocional’ que justifica la presencia de una mujer dentro del escenario literario peruano y abre nuevos paradigmas en la escritura histórica. Ello es confirmado, por ende, por la presencia, en las páginas finales del libro, de algunas fotografías de Arciniega durante su viaje de investigación, lo que, aunado a otra serie de estrategias como la referencia a documentos concretos, consigue legitimar su voz como historiadora. En otras palabras, al convertir el relato de la

⁸ Inés era hija de Huayna Capac y, según unas fuentes, de la princesa Paccha Duchicela, Shyri XVI del Reino de Quito, y según otras de Contarguacho, quien a su vez, era hija de Pomapacha, noble curaca de Ananguaylas. Contarguacho era una de las esposas secundarias del Inca. Criada en la corte del Inca, a la muerte de este, regresó junto a su madre al pueblo de Tocash en Huaylas. Contaba 18 años cuando fue llevada a Cajamarca, donde estaba prisionero Atahualpa. Este se la dio como esposa a Pizarro, para congraciarse con él y ver si así obtenía su libertad. Según la Crónica de J. Antonio del Busto, fue bautizada por el rito cristiano, donde se le impone el nombre de Inés, en recuerdo de una hermana de Francisco Pizarro. El apellido Huaylas se le dio por ser el lugar de donde procedía esta *ñusta*. El viejo conquistador llamaba *Pizpita* a la muchacha, quien se sentaba a la mesa con los conquistadores y era presentada como su esposa. Fruto de su matrimonio (por el rito inca), nació en diciembre de 1534, su hija primogénita Francisca Pizarro Yupanqui. A finales el año siguiente, Inés tuvo otro hijo, Gonzalo, que murió muy joven, en 1544. Estos dos hijos fueron reconocidos como legítimos por Real Cédula, por parte del rey Carlos I. Cuando Manco Inca se subleva en el Cuzco en 1536, ella fue acusada de proporcionar información a los indios y de haber querido huir con cofres llenos de oro y plata. A raíz de esto surgen desavenencias entre ella y Pizarro, lo que les llevó a la separación. Francisco Pizarro se casa nuevamente, esta vez con Angelina Yupanqui, también hija de Huayna Capac y hermanastra de Atahualpa. De este segundo matrimonio, nació el tercer hijo de Francisco Pizarro, llamado Francisco Pizarro Yupanqui. En 1538, ya separada, se casa, esta vez por el rito religioso cristiano con Francisco de Ampuero, con el cual tuvo tres hijos. Pizarro, en su testamento, no menciona a Inés, sin embargo sí a sus hijos habidos en ella.

fundación nacional en la historia de un hombre desdichado y, al mismo tiempo, cargar emocionalmente el discurso, Rosa Arciniega acerca la historia a las formas de conocimiento no racionales que podían encontrarse en subjetividades raras como las que ella encarnaba, y marca un camino de madurez, sea formal o de contenido, de la mujer escritora peruana que llegará a su auge en los años 80-90.

Bibliografía

- ANÓNIMO (23.03.2019): “El misterio de Rosa Arciniega”, en <www.La Republica.pe/domingo>.
- ARCINIEGA, Rosa (1940): *Playa de vidas*. Manizales, Colombia: E. Zapata.
- (1941): *Francisco Pizarro*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento.
- ARRIOLA GRANDE, Maurilio (1968): *Diccionario literario del Perú: nomenclatura por autores*. Barcelona: Comercial y artes gráficas.
- CASTRO ARENAS, Mario (1967): *La novela peruana y la evolución social*. Lima: José Godard.
- GALLARDO, Delio (1947): *Engrandeciendo la patria: libro de lectura*, Lima: Losada.
- IWASAKI, Fernando (diciembre 1995): “Tres tristes extrañas”, en *Hueso húmero*, 32, pp. 51-53.
- NÚÑEZ, Estuardo (julio 1959): “Una novelista de América”, en *La Nueva Democracia*, New York, pp. 29-32.
- NUSSBAUM, Martha (2009): *L'intelligenza delle emozioni*. Bologna: Il Mulino.
- ROMERO VALLE, Emilio (1966): *Diccionario de literatura peruana y materias afines*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto (1981): *La literatura peruana. Derrotero para una historia cultural del Perú*. Lima: Juan Mejía Baca, tomo V, pp. 1455-1457.
- SUÁREZ, Mariana Libertad (diciembre 2017): “Tras el atajo providencial: el escrutinio de la historia en *Francisco Pizarro* (1936) de Rosa Arciniega”, en *Atenea*, 516, pp. 189-201, en <<https://scielo.conicyt.cl/scielo>> [fecha acceso: 29.5.2019].
- TAMAYO VARGAS, Augusto (1992): *La literatura peruana*. Lima: Peisa, tomo III.
- TORO MONTALVO, César (1995): *Historia de la literatura peruana*. Lima, AFA, tomo XII.